

# La Vera a paso de carro



Cultivos en bancales

*La Vera y el agua son romance a medias. Gredos al fondo, se empina coronado por perpetuas nieves, oteando con sus ojos de montaña terrible a través de los frondosos bosques que hacen las delicias de los monteros, y por entre los que se derrumba la bendición de los arroyos, regatos, gargantas y torrenteras. Gala y ornato de la Extremadura Alta, donde comienza la formidable aventura de aquellos 60.000 extremeños que se plantaron en la otra orilla del mundo, esta comarca natural, de caracteres singulares, rica en toda clase de cultivos, y cuya fertilidad es igual a permanencia, está cruzada por dos ríos claros y alegres, que casi la limitan al norte cacereño: el Jerte —dices en griego, Xerete, y dices «gozoso»—, y el Tiétar, que viene de otros valles abulenses, y que hermana canciones sonoras, peinadas bajo el arco, a veces romano, de los puentes.*

*Y confieso ahora, que esta tierra es una de las más difíciles de describir para mí. Porque si su aspecto externo es alegre, y hasta reidor, tanto en la tierra como en los hombres, en el interno es —paisaje y hombre, paisaje y paisaje— grave, serena, honrada a carta cabal, más propicia a la sonrisa que a la risa, y dada, como un torrente, a la fuerza profunda de la amistad.*

*Era necesario llegar a la vuelta de cualquier amanecer a La Vera, para saciarse de su color y de su calor, de su saber estar siempre, de su propio espíritu. Y eso es lo que han hecho los componentes de este grupo de estudiantes, muchachada joven de su tiempo y nuestro tiempo, al situarse en La Vera, hablar con sus gentes, y metérselos poco a poco, corazón adentro, el atractivo de su particular idiosincrasia. De los «empalaos», de los romances, de su —no digo ya singular, sino singularísima— arquitectura, de las artesanías ancladas ayer, auténticas hoy, de su acervo cultural*

e histórico De todo esto, poco a poco —paso a paso, paso de carro lento y profundo—, y con amor, hablan en las páginas siguientes quienes han sido capaces de poner en marcha nada más y nada menos que un museo y una revista, «NARRIA».

Hágase el camino de pueblo a pueblo, que a esta tierra privilegiada de Dios también se refería el poeta cuando dijo aquello solemne y cierto de que «se hace camino al andar». Si el viajero tiene buen olfato, le habrá de dar en la nariz el aroma del tabaco y el picorcillo del pimiento, productos base de la economía agrícola de la comarca, aparte de otros. Puede que al sol de las plazas, en los soportales, sólo encuentre aldeanos viejos. Y aldeanos viejos en estos pueblos, que conste así, es como decir cristianos viejos. Y a la puerta de las casas, junto al perfil del dintel, o del arco dovelado, las mujeres que hacen preciosas labores, y cuentan y cantan. Las calles, callejas y callejitas, bien limpias, como la patena, porque bien de mañana salieron con la escoba y el cubo de agua clara las mocitas veratas. Y al atisbo de todo, vigilantes, curiosísimas, desde la torre monumental que señorea un campaneo sonoro, la cigüeña, que es ave extremeña por antonomasia, con su pico largo de enviado especial, majando el ajo.



Labrador trabajando el campo con arado.  
Valverde de La Vera



Redil con ovejas en La Vera

La razón de esta revista, «NARRIA», es que un día, un grupo de estudiantes se echó por los caminos de la España rural y artesana, dispuestos a algo tan importante como soñar. No se pierda el lector ni una letra, ni un punto, ni una coma: porque las primeras páginas de esta ensoñación están dedicadas nada menos que a una de las comarcas más bellas del país: La Vera.

Y otra vez al camino: de las gargantas abajo, el agua y su cantar.

Isabel MONTEJANO MONTERO